

Cuentos de "La Provincia"

ENCUENTRO

POR FREDERIC BOUTET

Con la atención minuciosa de una mujer para quien lo más importante del mundo es mantenerse bella, Evelina Dayre, ya preparada para salir, miró una vez más en el espejo de su gabinete-tocador. Sintióse satisfecha. En su tapado negro, la línea del cuerpo aparecía esbelta; el sombrero negro cubría bien sus bucles sabiamente rubios, enmarcado por las pieles, el cuello seguía siendo gracioso, el rostro seductor: nada de arrugas bajo los afeites dosificados con arte ni alrededor de los ojos que fulgían admirablemente entre la franja cuidadosamente recurvada de las cejas. Sí; aun era una hermosa mujer.

Esa tarde tema que hacer tres diligencias y luego ir a tomar el té con unas amigas. Salíó de su casa y penetró en la estación más próxima del subterráneo. Desde la muerte de su marido, sobrevinida tres años atrás, había debido renunciar a su coche para poder conservar su espléndido departamento y su mucama irrecprochable.

Hizo sus diligencias, que la condujeron a diferentes puntos de París y alrededor de las 5, volvió a tomar el subterráneo en el Chatelet, para reunirse con sus amigas en los Campos Eliseos.

Viajaba poca gente en el vagón. Evelina ocupó un asiento del fondo. Transcurrió un momento y se aperció de que un señor que estaba de pie, no lejos de ella, oculto a medias por el diario que leía en el momento en que la joven viuda entrara la miraba ahora fijamente. Ella le miró a su vez. Era alto, elegante y sin duda debía frisar entre los 35 y 40 años. Apenas sus ojos se encontraron, Evelina lo reconoció. Era Juan Algrain... Era Juan...

El pasado, un pasado distante quince años, no olvidado pero adormecido en el fondo del corazón de Evelina, revivía súbitamente, colmábase de gran emoción. ¡Se habían amado tanto, entonces! Por aquella época, él acababa sus estudios de derecho y ella llevaba dos años de casada con el señor Dayre, por quien no sentía amor. Juan había sido su gran amor. Entre ella y él el amor se impuso desde el primer encuentro. Un amor ardiente y dulce que colmaba sus vidas y les embriagaba... Durante más de dos años, tanto el uno como el otro solo habían vivido para las horas que

los reunía. Fueron separados por la guerra y no habían vuelto a verse. De vez en cuando Juan le había hecho llegar algunos renglones suyos; luego, ninguna noticia. ¡Hacia 1925, Evelina supo solamente que se había radicado en Marruecos. Posteriormente, nada más...

Ahora volvía a verle... Le encontraba muy poco cambiado. Le había reconocido en seguida... Y él también la había reconocido. Decíalo bien a las claras aquella insistencia suya en mirarla... ¿Qué iba a hacer Juan? ¿Le hablaría?... Sí... Abandonaba su puesto, venía a sentarse frente a ella. Fue tal la emoción de Evelina, que hizo un movimiento brusco en el que dejó caer su bolso de mano. El lo recogió, se lo entregó...

—Me disculpo, señora, por mirarla con tanta insistencia—dijo Juan Algrain—pero usted se parece a una mujer que yo amé mucho...

Evelina comprendió que él quería, en tanto indicaba que la había reconocido, saber en qué disposición de ánimo se encontraba ella. Prestóse al juego, pero, muy hablada, solo pudo balbucir:

—Oh!, francamente, señor...

—Si inútil decirle que era una mujer muy bella.

El hablaba con desvoltura, pero Evelina adivinó en su voz una emoción contenida.

Ambos cambiaron todavía algunas frases banales. Luego, Evelina, para ver lo que él respondía, le dijo:

—Voy a verme obligada a bajar. Me esperan unas amigas...

El protestó:

—Oh! no, se lo suplico. Me siento felizísimo de haberla encontrado... Sea buena. Usted me ha autorizado a hablarle... Haga algo más: concédame aún un poco de tiempo. Conozco cerca de la Estrella una confitería muy discreta donde podremos charlar tranquilamente.

El corazón de Evelina se dilató de emoción. Juan quería reanudar, hacer revivir el amor antiguo. Pero ella ¿lo quería? No ceó responderse, pero objetó débilmente:

—Es que me esperan unas amigas.

—Ya me lo dijo. Y bien: que esperen.

La he encontrado y no quiero perderla. Diga que sí.

—Sí.

—Es usted gentil... Además, tengo otros proyectos. Soy muy ambicioso... Querría cenar con usted... pasar la velada con usted.

Seguía teniendo el mismo tono ligero, alegre, bajo el cual Evelina percibía una emoción que respondía a su propia emoción.

Cuando estuvieron sentados juntos en el que salían de té, realmente discreto y en el que las mesas se hallaban bastante distantes unas de otras, Evelina notó que su compañero se inclinaba hacia ella para hablarle más de cerca.

—¿Qué hermosa es usted!—murmuró con una voz en que ella sintió vibrar los ardores de antaño.

Más turbada que nunca, Evelina se estrechó contra él y no pudiendo disimular más, murmuró:

—Es verdad, Juan, que aun me encuentra usted bonita?

—¿Cómo sabe que yo me llamo Juan?—preguntó él con un movimiento de sorpresa que parecía perfectamente imitado.

Pero Evelina consideraba que el juego ya había durado bastante. Quiso indicárselo, y:

—Lo he adivinado—repuso, mirándole de hito en hito—. Adivine el mío, ahora. Veamos ¿cuál es mi nombre?

—Sin duda, es tan encantador como usted misma. Veamos... Teresa... Carlota... Francina... Ivona...

—...o Evelina

El se estremeció, retrocedió sobre la silla y ella leyó en sus ojos dilatados por la sorpresa que Juan no la había reconocido antes que sólo en ese instante la reconocía...

—Oh! oh! Usted no me había reconocido—balbuceó...

—Yc... no... Es decir... ¡Evelina! Evelina, es usted!...

—Usted no me había reconocido... repitió—. Y me ha mirado insistentemente, me ha abordado sin rodeos... tomándose por una mujer fácil ¿eh?... una mujer dispuesta a aceptar el té, la cena, la velada...

ofrecidos por un desconocido... ¡A eso han quedado reducidas sus aventuras!... Y yo que le he contestado... que le he seguido... ¡Ah! ah! He debido parecerle fácil, efectivamente...

Guardó silencio por un momento y, de repente, inquirió:

—Pero, puesto que no me había reconocido ¿por qué me dijo que yo me parecía a una mujer que usted había amado: Eso fué lo que me dió la certidumbre... ¿Por qué dijo eso?

—Porque—explicó él, confuso—, por que, en fin es una fórmula para entablar conversación...

—Sí: con la mujer de paso... ¡Oh, Juan y es usted quien se divierte con eso... ¡Usted, Juan!...

El tuvo un encogimiento de hombros y, sin mirarla, trató de justificarse:

—Estoy de tránsito en París. Ya no conozco aquí a nadie. Me aburro... Ningún amor ha colmado mi vida después del de usted, Evelina... ¡Trate de comprenderme!...

Huó un silencio. Evelina murmuró:

—¿Qué desenlace, qué epílogo a nuestro hermoso amor de antaño! ¡Qué conclusión tan terrible! Este encuentro... Usted persiguiendo a la primera mujer que encontró... Yo, confundíendome, ilusionándome...

Volvió a enmudecer por un momento; luego, como para sí misma, con sorda tristeza, exclamó:

—¿Tan cambiada estoy?

El comprendió la angustia de Evelina, y protestó:

—Cambiada, un poco... Naturalmente, el peinado... la... en fin, la moda... Pero no menos bella. Por lo demás, mi mismo error se lo prueba... A la primera mirada, quedé seducido... ¡Ah, desde luego, no mejos bella!...

Juan la miraba ahora. Sí; era bonita, atractiva. Pero no podía impedirle de evocar, a través de la mujer que tenía delante, aprestada por todos los cuidados de los institutos de belleza, a la joven de antaño, de cabellos sinceramente negros, de tez para bajo una ligera capa de polvos de boca fresca, de ojos limpidos entre sus finas pestañas, de cuello gracil y redondo como una fina columna. La joven que tanto había amado...

Evelina leyó estos pensamientos en sus ojos y como él repetía:

—¡Ah, desde luego, no menos bella!...

—No, no me consuele—repuso casi bruscamente disimulando torpemente su desgarrada congoja—. ¡Adiós!...

Y se alejó de él precipitadamente, con su desilusión, con su quebranto: desilusión y quebranto por la dicha perdida para siempre.

EL MEJOR PURGANTE AGUAS DE CARABAÑA *Antiherpéticas, Depurativas, Antibiliosas*

JABÓN DE SALES DE CARABAÑA *Medicinal y de tocador.-El mejor para las afecciones de la piel*

Pedidos: Hijos de R. J. Chávarri, Antonio Maura, 12. Madrid. De venta en Farmacias y Droguerías

Pastilla pequeña, 0,80 Cts. Pastilla grande, 1,25 Ptas.

ANTES DE ENCARGAR SUS IMPRESOS

CONSULTE A

IMPRENTA VIUDA DE J. MUÑOZ

DESPACHO: Papelería Inglesa
TALLERES: Alameda Sundheim
Teléfonos 1431-1132

HUELVA


AGENTES DE ADUANA CONSIGNATARIOS DE BUQUE

LA FOSA AUTOSEPTICA "CIMARMÉ"

Único sistema eficaz para el saneamiento de viviendas que carezcan de alcantarillado. Suprime los pozos negros.

Pidan folletos y referencias a

CASA GONZÁLEZ
Concesionarios en HUELVA y su PROVINCIA



Para su padecimiento del **Estómago** e **Intestinos** siempre será lo mejor el

ELIXIR ESTOMACAL SAIZ DE CARLOS

REUMATOL SAIZ DE CARLOS - Para combatir el reumatismo, gota, artritis, obesidad, arterio-esclerosis, etc. *Disuelve y elimina el ácido úrico, activa la nutrición, quita el dolor, oxida las grasas, aumenta la orina, que, si es turbia, se vuelve clara y transparente.*

FLORENTINO DE AZQUETA

Aceites minerales y grasas.—Empaquetaduras.—Gomas
Correas de cuero y pelo de camello
Herramientas - Cables - Palas - "Basconia"

EFFECTOS NAVALES

Consignaciones y exportaciones de productos regionales

SUCURSALES Y DEPOSITOS: Sagasta, 18-Apartado 62
Melilla-Ceuta-Larache-Tetuán-Villa Sanjurjo **HUELVA**

La experiencia demuestra que los Chocolates y Dulces

MATIAS LOPEZ

SON LOS MEJORES DEL MUNDO

MORRISON Y HASELDEN
HUELVA

Dirección telegráfica MORRISON Teléfono 1316

ALMACENES DE METALES Y MATERIALES PARA MINAS Y PARA CONSTRUCCION

VIGAS, CILINDROS, LINGOTES DE FUNDICION, ACERO PARA BARRAS, HERRAJES, ACCESORIOS, TORNELOS, REMACHES, ENVASADOS DE ALUMINIO PARA CONSERVAS

WABONETAS, CARRILES, CARRERES, ALGODON, SACOS, ACCESORIOS

INSTALACIONES Y SERVICIO SEMPREMIADO DE TODAS CLASES

Cemento REZOLA Plomo "LA CRUZ"
Carbones y Cok Duro-Félguera